

Sería difícil calcular el número de estos mantenidos públicos, pero debía de ser considerable; la atracción de los placeres de la vida fácil hacía afluir diariamente a las grandes ciudades a manadas de desgraciados que abandonaban la ruda existencia de los campos para convertirse en pensionistas perpetuos del Estado; sólo la capital contaba a principios del Imperio con doscientos cincuenta mil de ellos, cifra que se había duplicado con exceso en tiempos de Septimio Severo. Formaban el grueso de aquel ejército del placer, cuya felicidad era la razón de ser de la civilización romana; sentados con trajes de fiesta, estos rebaños de *lazzaroni* imperiales, hartos de comida y de diversiones por aquella providencia mortal, pasaban su existencia en medio de placeres y ofrecían al cielo asombrado el espectáculo de toda una sociedad que no hacía más que divertirse. ¡Si en esto consiste el fin del Estado, jamás ha sido tan bien comprendido ni tan completamente realizado!

Pero, al igual que los individuos, las sociedades tampoco pueden sustraerse al castigo fatal de los voluptuosos: la esterilidad y la muerte, fin a donde lleva a hombres y pueblos el abuso del placer, al producir el agotamiento rápido de las fuerzas físicas e intelectuales. Igual que se encuentran los disolutos al día siguiente de la orgía, así se encontró el Imperio al despertar de su primera borrachera de felicidad: lánguido y enervado ante la temible labor del porvenir. Había consumido su capital, reunido durante siglos, y era incapaz de reponerlo, pues habían desaparecido todas sus reservas de hombres y de ideas. Desde el siglo segundo se nota una decadencia espantosa de los caracteres; no hay ya ni uno de aquellos patriotas altivos y de aquellos pensadores generosos que, aun cuando pocos en número, hacían lucir el brillo de sus virtudes republicanas durante los aciagos días de Nerón o de Domiciano.

Todavía se hallaban entonces, de vez en cuando, pensamientos libres y palabras claras, y la dignidad humana encontraba en la muerte voluntaria refugio contra la servidumbre. El suicidio atestiguaba, sin duda, la desesperación, pero una desesperación que valía más que la adhesión a la vergüenza; evidentemente, aquella mujer intrépida que se arrancaba el puñal del pecho para pasárselo a su marido, diciéndole sencillamente: "Esto no duele"<sup>1</sup>, era más digna de vivir y tenía más respeto por sí que los miserables contemporáneos de la dinastía siria que no sabían ni vivir ni morir. Desde luego, el escepticismo de un Plinio o de un Tácito tiene algo de doloroso y re-

<sup>1</sup> DIO CASS., LX, 16.

vela una crisis terrible de vida interior; pero esta actividad altiva del espíritu frente a los problemas eternos ¡cuán por encima está de las negaciones brutales y de la abyecta religiosidad de las generaciones siguientes!

En el siglo tercero, tan despreciables se habían hecho los incrédulos como los creyentes; aquéllos sólo admitían el ciego destino; éstos se arrastraban a través de cultos inmundos y de bufonadas ridículas, que eran nuevos ultrajes al sentimiento religioso. Había taumaturgos, como Alejandro de Abonitica, capaces de hacer una religión nueva con una serpiente domesticada y una cabeza de cartón pintado, y los oráculos dados mediante semejantes instrumentos eran transmitidos a todo el mundo y obedecidos aun por el mismo Emperador-filósofo, Marco Aurelio<sup>1</sup>.

El empobrecimiento de las inteligencias se manifiesta en todas las obras del espíritu. Podemos formarnos una idea de lo que le ocurrió al pensamiento histórico si comparamos las efusiones fogosas y potentes del alma de un Tácito con los pobrísimos relatos que balbucean los ineptos compiladores de la *Historia Augusta*. La elocuencia, ese arte tan viril y tan digno del genio romano, no es ya sino facundia: ha dejado el foro para arrastrarse por las antecámaras, y ya no produce más que panegíricos.

En las artes plásticas hay el mismo decaimiento del nivel intelectual, el mismo agotamiento de la savia vital. El paseante que se detenga bajo la bóveda magnífica del arco de Tito, en la cima del Velio, y acerque con la imaginación los dos arcos vecinos de la derecha y de la izquierda, el de Septimio Severo y el de Constantino el Grande, puede leer en esto tres monumentos una de las páginas más instructivas de la historia de la decadencia romana. Admirará en el primero la simplicidad elegante y la magnitud imponente de un arte que es dueño de sí; en el segundo encontrará el lujo excesivo y la prodigalidad que confunde el boato con el buen gusto; el tercero, finalmente, le mostrará la reproducción torpe y servil de formas tradicionales que ya no se comprendían, así como la indigencia artística llevada hasta el plagio más desvergonzado.

Un paso más en este camino, y la barbarie será completa; ya avanza ésta rápidamente, proyectando una sombra adelantada sobre las cimas luminosas del pensamiento y del arte, y extendiéndose poco a poco por el vasto campo de la vida intelectual y moral. Desde aquí caerá sobre todos los demás sectores.

<sup>1</sup> LUCIAN., *Alexandr.*, 48.



Pero la voluptuosidad, una vez adueñada de la vida social, no sólo destruye las clases superiores por el abuso que éstas hacen de ella, sino que arruina también a las clases laboriosas por el exceso de sacrificios que les impone. La opulencia prodigiosa en que nadaba una parte de la sociedad suponía la correspondiente suma de esfuerzos de producción, ya que el placer se debe a la riqueza, y ésta es hija del trabajo. Una ley providencial ha equilibrado en la vida del individuo el esfuerzo y el placer; mientras se la respeta, el placer es inofensivo, porque el abundante sudor humano con que es regado sirve de antídoto a su embriaguez mortífera. Mas la sociedad pagana había violado esta ley, no queriendo más que placer y ociosidad para una parte de sus miembros, e imponiendo el trabajo y los sufrimientos a todos los demás. Había dividido en dos esferas a este mundo en que la alegría y el sufrimiento se dan fraternalmente la mano: a un lado, la de los placeres interminables; al otro, la del trabajo a perpetuidad. Tal era la razón de ser de la esclavitud.

En ningún país se realizó esta separación de modo más preciso ni más absoluto que en el Imperio romano. Allí el mundo del placer se basaba sobre el mundo del trabajo, y bajo los paraísos de la felicidad romana, llena de cantos y de risas, se extendía el infierno de la esclavitud y de sus trabajos forzados, con sus correspondientes llantos y rechinar de dientes. El número de los elegidos era muy pequeño en comparación con la multitud de los desheredados, y la gran mayoría del género humano vivía encadenada a la esclavitud. Ésta se ocultaba bajo múltiples formas, que disimulaban su espantosa extensión.

Los esclavos propiamente dichos excedían en mucho al número de los hombres libres; no es posible establecer en cifras su proporción, porque desde el primer siglo del Imperio no se habían atrevido a contarlos. En el siglo segundo, el que no poseía más que dos o tres era tenido por pobre, y en ciertas casas grandes se los contaba por millares. Estos seres infortunados no existían sino para servir de instrumentos de trabajo o de placer, y eran considerados como ajenos al género humano y como parte de los bienes muebles. La ley los arrojaba como materiales informes a los cimientos del edificio social, a donde quedaban atados por precauciones infinitas. A pesar del desprecio en que los tenía la sociedad, le eran necesarios como bestias de carga; sin ellos hubiera sido imposible la que entonces se consideraba vida civilizada. Eran los agentes de la producción, las máquinas vivas puestas en movimiento por la voluntad de su dueño y funcionando en provecho de él; la orgullosa inercia del hombre libre se basaba en su trabajo y guardaba proporción con su número

y con su esfuerzo; no tenían descanso, ni libertad, ni hogar, ni familia, ni —lo que es peor— vida moral alguna. Nada les protegía contra la crueldad ni contra la lujuria de su dueño, quien disponía igualmente de sus cuerpos y de sus conciencias. Alguna vez se dignó la ley acordarse de ellos para llevar un alivio imperceptible a su condición; pero lo más que la filosofía y la humanidad hicieron por ellos fué cambiar la base teórica de la esclavitud y declararla contraria al derecho natural, a la vez que la justificaban por el derecho civil<sup>1</sup>. Esto no era progreso alguno, y la definición del legislador, que no proclamaba su condición de hombres más que para violarla en seguida, no abría suficientemente la puerta del infierno esclavista para que pudiera entrar en él la esperanza.

Pero la esclavitud, cualquiera que fuese el número de sus víctimas, no podía abastecer al enorme consumo de voluptuosidades a que se entregaba el mundo romano, pues los esclavos sólo trabajaban para sus dueños, y la inmensa multitud de plebeyos desocupados no tenía esclavos. ¿Quién trabajaría, pues, para ellos? ¿Quién les procuraría pan y carne? ¿Quién pagaría a esos gladiadores, histriones, cortesanas, cocheros y fieras que el Estado ponía tan liberalmente a su disposición?

Nos encontramos aquí ante la iniquidad fundamental del Imperio, hija de su error fundamental. La desgracia del cesarismo fué tener que alimentar a las ciudades a costa del saqueo de las provincias, y que mantener a la plebe holgazana y revolucionaria de la capital mediante el exterminio de los habitantes apacibles y laboriosos de los campos. Al destruir así los únicos elementos fecundos de aquella sociedad que se había hecho estéril, destruía la sociedad misma. He aquí una reseña rápida de esta historia larga y dolorosa:

Apartadas de la corrupción de las grandes ciudades, las clases rurales habían conservado las tradiciones fuertes y sanas del trabajo: sabían cubrir sus necesidades, y el sobrante de sus modestos logros iba a alimentar las cajas del Estado, cuyo ingreso más seguro era. Roma no supo conservar esta sufrida población de trabajadores propietarios, que en otro tiempo habían constituido su fuerza. Impulsada por la desgracia, acabó por pedir al trabajo agrícola, bajo la forma de impuesto, casi la totalidad de las sumas fabulosas que derrochaba anualmente en divertir a la demagogia urbana.

Esto era deplorable, pero legal y, además, concordaba con la tradición romana. En teoría, al conquistar Roma el mundo, se había con-

<sup>1</sup> *Institut. Justinian.*, L. I, tit. V, *in init.*



vertido en propietaria del suelo de sus provincias, cuyo usufructo dejaba a sus antiguos dueños mediante los gravámenes que creyera convenientes. El impuesto que les exigía venía a sustituir al botín, y sólo representaba una parte de lo que tenía derecho a reivindicar. Las rapiñas de sus procónsules, tan célebres en ciertas épocas, hallaban una especie de justificación en el implacable derecho de conquista sobre el que descansaba su dominio. Es cierto que el advenimiento del Imperio contuvo en ciertos límites la avidez insaciable de los gobernadores; pero esto no aprovechó a las provincias, pues continuaron pagando al Estado lo que en otro tiempo se les arrancaba mediante concusiones. Al contrario, el Imperio agravó aún más la situación, ya que los impuestos subían incesantemente a causa de la rapidez vertiginosa con que crecían los gastos públicos.

Por eso, la explotación de los recursos era cada vez más ingeniosa y más metódica. Diariamente se descubría un nuevo método de aumentar los ingresos fiscales, persiguiendo a la productividad hasta en las profundidades más íntimas en que se elaboran los elementos de la prosperidad pública; toda la sangre del mundo fué extraída de sus venas mediante sistemas inéditos de presión y de succión, y toda fuente de riqueza o de bienestar vió aplicársele un conducto que desviaba su corriente hacia los cofres imperiales. Sobre todo pesaban los impuestos, aun sobre el agua, el humo y los muertos; en todo se hallaban pretextos para nuevos impuestos, y el mundo entero se vió un día favorecido, sin haberlo pedido, con los derechos de la ciudadanía romana, sólo porque el Emperador ansiaba que todos le pagaran el impuesto de un vigésimo sobre las sucesiones, que únicamente se exigía a los ciudadanos.

No había relación entre la tasa de los gravámenes y los recursos de los contribuyentes; nadie se preocupaba por lo que pudieran dar, sino sólo por lo que el Estado quería gastar, y la arbitrariedad más absoluta regía las operaciones del fisco. Por eso, Vespasiano dobló de un golpe los impuestos de varias provincias, y Juliano el Apóstata pudo, sin peligro para el tesoro, reducir en tres cuartas partes la cifra de los gravámenes de las Galias, mientras que Alejandro Severo, si hemos de creer a cierto historiador, se contentó con la trigésima parte de lo que se pagaba bajo Heliogábalo<sup>1</sup>. Los impuestos indirectos sufrían fluctuaciones análogas; los derechos de aduanas oscilaron, según los tiempos, entre el 2 1/2 y el 12 1/2 por ciento<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> SUTTON., *Vespasian.*, c. 16; LAMPRI., *Sever.*, c. 39; AMMIAN. MARCELLIN., XVI, V, 14.

<sup>2</sup> NAQUET, *Des impôts indirects chez les Romains*, Paris, 1875, págs. 34 y sigs.

Además, el fisco recurría a los procedimientos más vejatorios para determinar exactamente la fortuna imponible de cada particular. La delación era acogida con gozo; el fraude y la tortura eran los medios favoritos que se empleaban para con el propietario pobre; la entrada de los agentes del fisco en las granjas era con frecuencia el signo precursor de la ruina y de la prisión.

En fin, la iniquidad extrema del reparto coronaba este detestable sistema de explotación del universo; las familias principales estaban exentas de él en virtud de su título senatorial, inmunidad que extendían a su vez, mediante tráfico bien lucrativo, a multitud de personas a quienes cubrían con su patronato interesado. De este modo, gran parte de los contribuyentes, y entre ellos los más opulentos, eludían el impuesto, y, como la cifra de éste era fija, lo que ellos debían pagar al Estado recaía sobre la clase media, compuesta por la burguesía de las ciudades de provincia y los pequeños propietarios de la campiña. Es fácil comprender cuál sería el malestar de éstos, que veían ralearse sus filas continuamente a la vez que subían los impuestos. Tal situación era insostenible: por grande que fuese la energía de su trabajo y la fuerza productora de su suelo, la proporción entre el rendimiento y los gastos de explotación continuó bajando, hasta terminar por ser inversa y provocar la ruina.

Los campesinos se defendieron como buenamente pudieron, aplicando mil astucias para eludir la acción del fisco; el Estado, naturalmente, acudió a las represalias, y, en este conflicto inmoral entre él y los contribuyentes, tuvo que apoderarse sucesivamente de todas las fuerzas sociales y de todas las instituciones locales para convertirlas en instrumentos de fiscalización, poniendo así al servicio del despotismo las garantías más preciosas de las últimas libertades legadas al mundo. Eso fué precisamente lo que les ocurrió a los municipios. Estas interesantes repúblicas de las provincias habían conservado hasta entonces una autonomía envidiable: tenían sus magistraturas de elección popular y su senado municipal que, bajo el nombre de curia, velaba por el bienestar de la ciudad, de acuerdo con los magistrados. Estos cuerpos, tan respetables por su origen y por su misión, fueron escogidos por el Estado para convertirlos en azote de la clase agrícola; les encargó la tarea odiosa e impopular de cobrar los impuestos, haciéndoles responsables solidarios de los riesgos de tal cobranza.

Colocados entre las maldiciones de sus convecinos y las exigencias implacables del fisco, los curiales se vieron reducidos a condición peor que la propia muerte. Sus nuevas funciones eran su ruina a la vez que la de los contribuyentes; no podían aliviar el peso de su



yugo sino cargándole más onerosamente sobre las espaldas de los demás: así, se hicieron duros y despiadados por necesidad. "Tantos curiales, otros tantos ladrones", decía un historiador<sup>1</sup>. La cobranza de los impuestos ocasionaba escenas de lágrimas y luto: era como una expedición militar, y a menudo terminaba análogamente: con la cautividad de los insolventes, el despojo total de sus familias y los correspondientes actos de desesperación. Hubo padres que, para pagar al fisco, vendieron a sus hijos, y otros que se suicidaron.

Lo frecuente y grave, claro está, no era esto, sino el abandono general de la propiedad por los propietarios. Herida ésta en las fuentes vivas de la riqueza y en su esencia misma, parecía buscar su aniquilamiento para esquivar los golpes que se le dirigían. Este fenómeno extraño y terrible continuó con tenacidad implacable a través de la sucesión variadísima de los acontecimientos políticos que llenaron los últimos siglos del Imperio. Convertida, por verdadero trastorno de las leyes naturales, en fuente de ruina, la propiedad vió ralearse en todas partes la población rica y floreciente que alimentaba en otro tiempo. Tan dañadas quedaban las ciudades como los campos, y tanto ardor ponían los curiales como los campesinos en deshacerse de aquella gleba cruel que les hacía perecer. Se ven huellas de estos desgraciados fugitivos en todas direcciones y por todos los caminos de la sociedad. Unos intentan ocultarse en el ejército, ofreciendo a la patria su sangre a cambio del oro de que carecen; otros van a engrosar la fila de esa plebe insolente de las grandes ciudades que come y se divierte a expensas del Imperio, agravando así el propio mal de que han sido víctimas; y hasta algunos dan un adiós eterno a la felicidad romana y se refugian entre los bárbaros, recomenzando la vida social desde su punto de partida.

Pero éstos no eran sino medios desesperados que sólo estaban al alcance de unos pocos, mientras la gran masa de la población rural, apegada a sus hogares y costumbres, se acogió a una solución menos audaz, pero igualmente desastrosa: se procuró el patronato de los poderosos, quienes, como acabamos de ver, podían protegerla contra los rigores fiscales, y lo obtuvo a condición de hacerles dueños de la tierra que tantos disgustos le ocasionaba y que en adelante trabajaría por cuenta de esos señores. No hacía, en suma, sino cambiar la servidumbre del Estado por la de un gran señor, y, sin embargo, el malestar era tan grave que los pobres propietarios no dudaban ante este sacrificio penosísimo.

<sup>1</sup> SALVIAN., *De Gubern. Dei*, V, 4.

El Estado corría tras estos desertores como el cazador tras sus presas, y las volvía a la fuerza al medio social donde más las necesitaba: al propietario a su campo, para que pagase los impuestos correspondientes; al curial a su curia, para que los cobrase bajo su responsabilidad. El mundo asistió así por primera vez al espectáculo de gentes condenadas a propiedad forzada y a honores obligatorios, pues el Estado no tenía otro medio de asegurar la estabilidad del suelo que le sostenía que inmovilizar por la fuerza a las capas populares que huían de su presión aplastante. De este modo se introdujo en la sociedad romana la herencia obligatoria de las condiciones sociales, la que, una vez introducida, fué generalizándose tanto, que las clases inferiores acabaron por hallarse encarceladas en sus profesiones respectivas: los hijos de los soldados, en los campamentos, y los de los obreros, en el oficio paterno, ni más ni menos que los agricultores en su granja y los curiales en su odioso cargo. En una palabra, todo el que trabajaba y producía quedó condenado al trabajo y a la producción, creándose así, al lado de la esclavitud clásica, esta otra de los hombres "libres", que era a veces más angustiosa que aquélla.

Pero no hay legislación alguna que pueda impedir el desarrollo natural de las cosas. El formidable impulso que la presión inconsciente del poder central producía en el seno de la población desesperada derribaba todos los obstáculos, y las clases medias desaparecían rápidamente a pesar de la severidad de las leyes que les cerraban toda salida. Los que aún no estaban abrumados por la miseria descendían inevitablemente hasta el último peldaño de la escala social, cayendo en el estado intermedio entre la libertad y la esclavitud, que hace poco describíamos. La despoblación, nacida del empobrecimiento, se extendía como una epidemia hasta en las provincias más prósperas del Imperio. En lugar de los campos florecientes de otro tiempo, divididos entre innumerables cultivadores, sólo se veían pastizales inmensos por entre los cuales erraban melancólicamente a caballo algunos esclavos que pastoreaban un ganado poco más salvaje que ellos mismos. La vieja Ausonia, madre fecunda de mieses y hombres, se había convertido en un desierto semejante al que reina todavía hoy en torno a la Ciudad Eterna. Parecía como si la tierra misma, indignada del contacto de las manos serviles que la removían, les rehusara ya los frutos que antes prodigaba a sus dueños libres. El Estado, lleno de asombro y terror, veía su obra en la soledad y el silencio de los campos, donde buscaba contribuyentes y sólo hallaba siervos. No llegando hasta el terruño nutricio, quedaba como